

Emilio Rodríguez Demorizi

DISCURSOS HISTORICOS

GONZALEZ REGALADO Y MUÑOZ (1793-1867)

Entre aquellos ilustres sacerdotes que sirvieron, desde su alto ministerio, no menos a su Patria que a su Dios, está en lugar preeminentemente el Padre Regalado, gloria de la Iglesia dominicana y dos veces prócer de la República (1).

Manuel Francisco Hilario González Regalado y Muñoz nació en la histórica ciudad de Santo Domingo el 14 de enero de 1793, hijo de Manuel González Regalado y de Juana Muñoz.

En la escuela, desde temprano, hacia 1812 ya era profesor del Colegio Seminario del Arzobispo Valera, en la época en que estudiaba allí José María Heredia, el Cantor del Niágara; y luego fué catedrático de latinidad en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, en la que se graduó de Doctor en Derecho Canónico, en 1818.

Recién ordenado de Presbítero por el Dr. Valera, en 1819, ocupó interinamente el curato del Seybo, y al siguiente año se le confió el de Puerto Plata, que desempeñó desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 1867.

En 1842 figuraba como "compañero experto" entre los miembros de la Logia La Perfecta Unión, pues no había en esos tiempos las injustificables divergencias que hoy dividen al clero y a la masonería (2).

(1) Acerca del P. Regalado véase: Pbro. Rafael C. Castellanos, *El Clero en Santo Domingo*, en *Boletín Eclesiástico*, S. D., 5 julio 1911 a 5 ag. 1912, núms. 92-110, (Artículos reproducidos de *El Porvenir*, de Puerto Plata); y *Apuntes para la historia de la Parroquia de Puerto Plata*, S. D., 1931. V., además, *Aclaraciones*, por D. Ricardo Limardo, y *Adiciones*, por D. Alonso Rodríguez Demorizi, en *El Porvenir*, Puerto Plata, núms. 17779 y 17780, del 18 y 19 de mayo de 1939; y D. Vetilio J. Alfau Durán, *Para la historia*, en *Renovación*, La Vega, núms. 42-43, oct. 1937. Como adición al artículo de Alfau Durán, tomado del estudio del Pbro. Castellanos citado en primer término, figura el escrito del Pbro. Regalado, *Mi Viacrucis*, en el que narra las vicisitudes que padeció por su adhesión a la República en tiempos de la Restauración.

(2) En los periódicos cibaños *El Porvenir* y *El Eco del Pueblo*, del siglo pasado, hay muestras de las aficiones poéticas del P. Regalado. En *El Dominicano*, (Santo Domingo, núm. 4, 1o. de novbre. de 1845), se le atribuyó equivocadamente el soneto *La muerte de Cristo*, obra del inmortal poeta cubano Plácido, como lo señala Penson en su artículo *Sobre literatura nacional*, inserto en *El Telegrama*, núm. 65, S. D., del 22 de oct. de 1882.

El Padre Regalado, como casi todos los ministros de la Iglesia dominicana, colaboró eficazmente en el triunfo de la causa separatista; y cuando la discordia civil, en los días de la insubordinación de Santana y de la proclamación de Duarte para la Presidencia de la República, estuvo a punto de entorpecer la venturosa marcha de la revolución, sirvió activamente de conciliador entre los disidentes y evitó inminentes desgracias.

Del patriotismo del Padre Regalado, uno de los más aplaudidos oradores de su tiempo, hablan también sus elocuentes disertaciones. Desde el púlpito celebraba las victorias de las armas dominicanas contra los dominadores, y estimulaba en su grey el fervor nacionalista y la concordia. Su discurso del 28 de diciembre de 1845, que ahora se reproduce, tiene el acento peculiar de los escritos de la época, particularmente de los que proceden de la Iglesia: la intervención de la Providencia en favor de la causa dominicana. Para él, todo se debía a inescrutables designios del Altísimo. La fácil victoria contra la escuadra haitiana, encallada en aguas de Puerto Plata el 21 de diciembre de 1845, era para el preclaro sacerdote "el Aguinaldo que más podíamos desear", regalo del "Dios de los dominicanos". "¿Os quedaba alguna duda, naciones del Universo, —preguntaba,— de que Dios proteja la causa de los dominicanos? *Venite et videte opera Domini*. Venid, pues, a las playas de Maluis, y allí veréis, que no hay nación alguna que tenga tan de cerca de sí a su Dios, ni que la favorezca y ampare, la ayude y defienda más admirablemente, como la República Dominicana".

Vacante el Arzobispado de Santo Domingo, por fallecimiento del Dr. Portes e Infante, el Padre Regalado se negó a ser Jefe de nuestra Iglesia. Tal era su humildad y su amor a los devotos feligreses de Puerto Plata, uno de cuyos parques ostenta su nombre esclarecido.

El Padre Regalado no deslustró su proceridad de 1844, en los tristes sucesos de 1861: Fué de los primeros en ponerse al lado de los restauradores, padeciendo por ello las torturas de la cárcel y del destierro. Por orden de las autoridades españolas de Santo Domingo, fué llevado a Cuba y encerrado en el Castilló del Morro, de la Habana.

En 1865 volvió al amor de su grey, a su amada villa de Puerto Plata, y allí murió, el 3 de febrero de 1867, aún al servicio de la modesta parroquia por la cual desdeñara la más alta jerarquía de la Iglesia dominicana.

